

Bolero

Historia
de un siglo de emociones

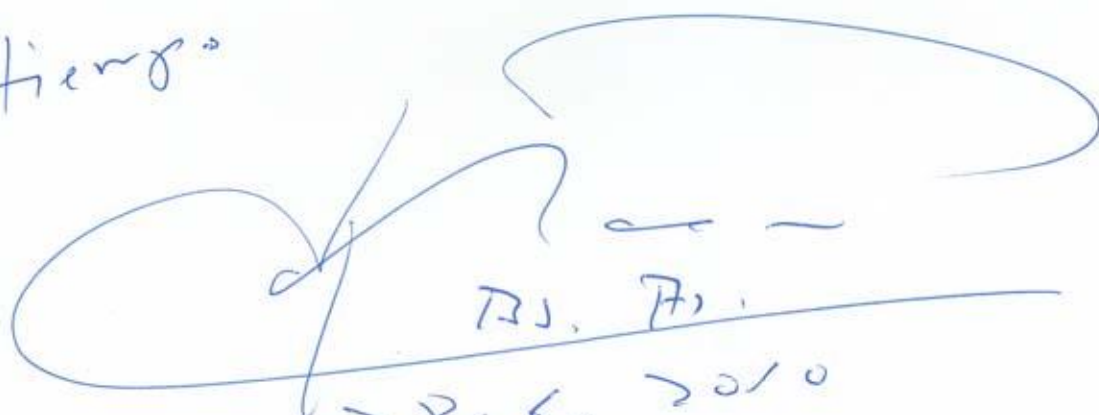


Juan Montero Arca



tirant lo blanch

Poco Adolfo Alvarado
al ilustrar junto de la pag. 13.
No pareciera que lo pesada el
tiempo


RJ. RJ.
28.6.2010

INTRODUCCIÓN

1. UN CONGRESO... NO DE BOLEROS



En 1982, en un día de los últimos del mes de octubre, y al terminar una jornada del congreso jurídico que me había llevado a Mazatlán, "La perla del Pacífico" (México), para dictar una conferencia, descubrí en el *lobby* del Hotel Océano Palace algo que para mí resultó entonces importante: La mayoría, por no decir todos, los asistentes a ese congreso conocíamos la letra y la música de los boleros que un pianista estaba tocando y cantando para amenizar el final del día.

Me di cuenta entonces que existían canciones o, mejor, ritmos, que pudiéramos calificar de propios de cada una de las naciones iberoamericanas, canciones que se sabían (casi) únicamente los procedentes del país correspondiente, pero que cuando el pianista daba entrada a un bolero todos podíamos, no simplemente seguirlo, sino acompañarlo, más o menos, en su cantar. Miré a mi alrededor y descubrí que los asistentes al congreso éramos casi todos de lengua española (menos algún brasileño) y que allí estaban representados casi todos los países hispanoamericanos, desde Chile y Argentina hasta México y España.

Se me ha ido de la memoria el nombre artístico del pianista del Hotel, pero recuerdo muy bien las caras y los nombres de muchos ilustres juristas hispanoamericanos (caso de **Humberto Briseño Sierra**, presidente del Instituto Panamericano de Derecho Procesal, y de **Adolfo Alvarado Velloso** entonces secretario de ese Instituto y ahora presidente) que, unos ante un jugo y otros con una copa de tequila en la mano, intentaban alegrar aquella tarde-noche desentonando con *El reloj* o con *Envidia*. También tengo grabada en el recuerdo la sorpresa que me llevé cuando me di cuenta de que gentes que vivían tan lejos de mi España natal se sabían las mismas canciones que yo. Fue entonces

cuando fui consciente —que es un paso más allá del mero saber— de que éramos todos, desde España hasta Tierra de Fuego, parte de una unidad cultural que trascendía a lo oficial y a lo artificial de países y estados.



Humberto Briseño Sierra



Adolfo Alvarado Velloso

Desde entonces he cruzado el Océano muchas veces, por lo menos cincuenta, siempre con ocasiones científicas —cursos, conferencias o congresos—, y paso a paso me he sentido en casi todos los países, no simplemente como en casa, sino mejor que en casa, pues para estar como en casa —entiéndase lugar de residencia habitual— no hace falta viajar.

En esos viajes he procurado, sin dar un cuarto al pregonero, ir adquiriendo discos, LP's y CD's de la música que me interesaba, de la común a todos nosotros, y he hecho una pequeña colección. Ahora, aprovechando la técnica, la tengo introducida en el ordenador o computadora y mientras trabajo en temas no tan atractivos —poner sentencias o escribir un libro sobre las ejecuciones hipotecarias, por ejemplo— procuro suavizar el ánimo oyendo desde el primer bolero —*Tristeza* de **José (Pepe) Sánchez**— hasta los más recientes —como *Al límite de ti* de **Carlos (García) Berlanga**—. Y las



José Sánchez

fotografías de los dos personajes son expresión de las diferencias de todo género que se han producido desde 1883 hasta 1999.

Carlos García Berlanga

